

rey de la gloria, el grande entre los grandes, el Omnipotente, la esencia de todo sér, para que me halle así más cerca de los dolores y pueda aliviar las penas y enjugar el llanto.»

De este sublime pensamiento nació, sin duda, la Eucaristía.

Por eso, en aquella noche eternamente memorable, la instituyó, bajo los símbolos de pan y vino, que representan la preciosidad de su Cuerpo Augusto y la riqueza infinita de su Sangre Redentora.

Y desde hace veinte centurias, está el Salvador, inmóvil sobre nuestros altares, hablando al corazón del que lo busca, repartiendo, con mano munificente, sus gracias y beneficios aun á aquellos que jamás se acercan á pedirselos; y como correspondencia, solo recibe ingratitudes.

Solitario en su tabernáculo, ve correr á los hombres tras el oro y los placeres, sacrificándolo todo á la ambición y orgullo que los domina, sin acordarse que tienen que cumplir un nobilísimo destino. Así reside sobre la tierra, Jesús, oponiendo siempre sus finezas, á los desdenes y al olvido, á la indiferencia y al menosprecio,

¡Qué insensatez tan grande la del hombre! No ve en su ceguedad que va caminando derecho á su perdición.

¿Por qué no oye la voz del Mansísimo Cordero que le llama para calmar su hambre y apaciguar la horrible sed que le devora? ¿Por qué no se detiene á escuchar los suavísimos acentos del Carpintero de Nazareth, que le promete los tesoros inefables de la eternidad, si come su Carne y bebe de su Cáliz?

¿Acaso encuentra, aquí abajo, la completa satisfacción de sus anhelos? ¿No siente, en mil ocasiones, que desfallece de fatiga y desengaños? ¿No le agitan, por ventura, innumerables inquietudes y zozobras? ¿Es, en una palabra, dichoso, como aspira?

No; en este mundo todo es mentira, vanidad de vanidades. La dicha verdadera solo se encuentra muriendo para él, abrazándose á la Divina Eucaristía, que es el alma de Nuestro Señor, la fuente de toda gracia y de todo bien, el río caudaloso que embellece la Ciudad de Dios, la luz esplendente que ilumina al cielo, el alimento de todas las virtudes, el fuego que enciende la caridad y anima la oración, la fe, la terneza y la esperanza.

Sí, fuera del Cristo Eucarístico, no tendríamos guía: nos perderíamos en el laberinto de las pasiones y el pecado; porque es evidente, conforme á las frases de Santo Tomás de Aquino y San Dionisio el Areopagita, que la Santa Mesa es la perfección de todo lo que perfecciona, la consumación de todo lo que santifica.

Recibamos, pues, sin cesar, este alimento más rico que el maná del desierto, y meditemos siempre en la hermosura, pureza y divinidad de este santísimo misterio, con el que, según San Crisóstomo y Santa Teresa, la tierra nada tiene que envidiar al cielo.

AMORE LANGUEO.

Tan grande ha sido el amor de Dios á sus criaturas, que se vió obligado á bajar del Seno delicioso de su Padre, para desposarse con la humana naturaleza. Ese mismo amor lo hizo nacer en un pesebre, á Él, que moraba en un trono de oro y pedrería, rodeado de la grandeza de los cielos y del fulgor radiante de los astros. El Omnipotente se convirtió en la nada; el Señor, el rico,

arrastró harapos durante 33 años y le aquejaron injurias é indecibles trabajos.

Y como si no bastaran pruebas tan infinitas de su caridad hacia el hombre, cuando se conspiraba contra su vida y determinádose había clavar Su Cuerpo adorable al madero infame de la cruz, este Amante sin igual, concibió en recompensa á las abominables ofensas que recibiera, un beneficio inmenso, incomparable: dar de comer á la humanidad hambrienta su Carne y de beber su Sangre.

¡Qué muestra tan abrumadora de pasión para nosotros!

Antes de que le vendamos, con ósculo traidor, por un puñado de escudos, Él se apresurará á acercarnos sus labios, para comprarnos á la vida eterna. Su mirada dulce y de una tristeza, en extremo apacible, nos dirá: «Discípulo ingrato, come esta Carne y bebe esta Sangre, que ahora te brinda mi amor, antes que la derrame el odio infernal que te consume; mira como abro mis venas sobre este cáliz, antes que los azotes en la Columna y los clavos de la Cruz me arrebatan hasta la última gota. Conserva esta prenda de la nueva alianza; cuida este manantial precioso que da la

salud. Por tu bien he sufrido atroces injurias y horribles ingratitudes: me han herido con azotes y con espinas, despreciado con oprobios: el primero de mis discípulos me ha negado; apenas si encontré una Magdalena que me amara.»

¡Corazones duros! ¡Aquí teneis al Dios de la Majestad, convertido en vuestro prisionero! ¡Oh amor tirano, amor cruel!

Oíd sus palabras, que suenan como los ecos arrobadores de una música celestial: «Es verdad que en lo alto descansan sobre las alas rutilantes de los serafines; es cierto que los coros entonan en mi honor, himnos de estruendosa gloria y de majestad infinita y que me rodean, con nimbos de indeficiente luz, los santos y los mártires, mas á grande dicha tengo, ocultarme en el tabernáculo, para no separarme ya de vosotros, para que me lleguen más vivas, más sonoras, más frescas vuestras plegarias y alcance mejor con mi brazo á remediar vuestras miserias.»

«Bajo los accidentes de pan y vino estoy yo. ¿No son estos los mismos ojos que con una mirada serenan á los más afligidos corazones? ¿No es esta la boca

que tiene siempre palabras de vida eterna y que destila miel más dulce que la de los panales? ¿Acaso no conocéis estas manos que han criado tantas maravillas y estos piés, que en la tierra dieron tantos pasos por vuestro amor?»

¡Qué bien definió ese amor quien dijo que era un círculo dentro de otro círculo, que continuamente gira!—Amor est circulus circa circulum perpetuo revolutus.—¿Y quién no ve que el que nos tiene Jesús no está en continuo movimiento? Del pesebre al Calvario; del Calvario al Altar y allí aún corre y padece. Después que Dios crió al hombre descansó, mas después de que le ha redimido, no reposa ni un momento solo en sus incontables sufrimientos. ¡Qué insaciable amor! ¡Qué incendio de amor! Jesús amantísimo ¡Bendito seas!

Pensamientos.

La Carne del Señor, es de verdad, carne y su sangre, embriagadora. El único bien que puede tenerse en esta vida, es comer la una y beber la otra. Está en peligro de perderse el que vuelve á su hogar sin este Pan del cielo. (San Gerónimo in Eccles).

Cuando participamos del Cuerpo y Sangre de Dios Nuestro Señor, comiendo Su Carne y bebiendo Su Cáliz, aprendemos á morir para el mundo, á ocultar nuestra vida en Jesucristo y á sacrificar nuestros vicios y concupiscencias. (San Fulgencio).

Recibamos el Cuerpo de Aquel que murió en la Cruz, para que el fuego de nuestro intenso deseo, aumentado por la llama que se eleva de esa brasa divina, borre nuestros pecados é ilumine nuestros pechos. (San Juan Damasceno, De Fide Orthod).

¡Cuánto debe lamentarse que reciban temerariamente los hombres, al Sacratísimo Misterio del Cuerpo de Nuestro Señor! Porque este don es el mayor de todos los dones que ha recibido la criatura. En ese Misterio, ha impreso Dios su inmenso amor á la humanidad: en él se resume la salvación del mundo. (San Odo de Cluni, Colación).

Estrecha á tu esposo, que es Nuestro Señor Jesucristo, con los brazos de la verdadera caridad; deleítate, sobre todas las cosas, en el Señor, y El te dará

todo lo que le pida tu corazón. Recibe frecuentemente este Cuerpo y Sangre, para que seas digno de oír estas palabras: «Tus labios están destilando miel, esposa mía, y en tu lengua hay leche y dulzura.» (Cant. San Pedro Damían).

Siempre que trates de imitar á Jesucristo, come Su Cuerpo y bebe Su Sangre, y mientras que vivas en El, por la caridad y viva El en tí, por obras de santidad y justicia, formarás parte de sus miembros y serás del número de los suyos. (San Bernardo, Sermón).

Ve, hija mía muy amada, qué excelencias adquiere el alma que recibe como debe este Pan de Vida, este Alimento Angelical. «Al recibir este sacramento, el alma está en Mí y Yo en ella. Así como el pez se halla en el mar y el mar en el pez, del mismo modo estoy Yo en el alma y el alma está en Mí, como en océano de paz.» (Vida de Santa Catalina de Sena).

Una experiencia de veinticinco años en el cuidado de las almas, me ha convencido de lo poderosa que es la virtud de este sacramento, para que se confir-

me el espíritu en el bien, preservándolo de todo daño, consolándolo y, en una palabra, divinizándolo. (Cartas de San Francisco de Sales).

—

Por su Encarnación, Dios Nuestro Señor se dió á todos los hombres en general; pero por este Sacramento se ha dado á cada uno, en particular, para testificarnos el amor especialísimo que siente por cada criatura. (Sermones de San Alfonso de Ligorio).

—

¡Qué feliz debe ser en la eternidad el alma que ha recibido á Dios, digna y frecuentemente! El Cuerpo de Nuestro Señor brillará á través de nuestro cuerpo, Su Adorable Sangre, á través de nuestra sangre y nuestro espíritu se unirá al Suyo por toda la eternidad. Nada hay tan grande como la Divina Eucaristía. (Cura de Ars).

—

El amor al Santísimo Sacramento, es la grande y regia devoción de la fe, es la fe multiplicada, glorificada, que permaneciendo fe es también gloria. (Fa-ber).

—

Por una invención maravillosa de sabiduría, en el Santísimo Sacramento, el Hijo de Dios se convierte de visible en invisible, cubriendo su Sagrada Humanidad con la apariencia de pan y vino, para que pueda alimentarnos con su Cuerpo y Sangre. (Nouet).

—

Cuando Jesucristo está dentro de nosotros, extingue el fuego de nuestra concupiscencia, calma las inclinaciones viciosas de la carne y aumenta la piedad. (San Cirilo de Alejandria.)

—

Durante la Santa Misa, los ángeles acompañan al sacerdote, todos los órdenes de espíritus celestiales levantan su voz, y las inmediaciones del altar están llenas de coros, que tributan homenaje á Aquel á quien se inmola. (San Juan Crisóstomo).

—

Día y noche, en el Santísimo Sacramento, habita El, como víctima viviente á los ojos de Su Padre, para ablandar Su ira y satisfacer Su justicia, dando la vida de la gracia y la semilla de la gloria, á aquellos que se le acercan dignamente. (Lallemant).

La Eucaristía no solo es alimento para nuestra alma, sino que lo es también para nuestro cuerpo. (Santa Teresa).

En el cáliz está todas las mañanas el Sagrado Corazón, con toda la plenitud de su poder redentor, de sus infinitos méritos, de su invariable amor y de su exquisita ternura para los pecadores. (Cardenal Manning).

En virtud de la Sagrada Comuni6n, estamos obligados 6 morir, para que asumamos una nueva vida, por la conversi6n perfecta del alma. Esta muerte es de estricta obligaci6n: «Porque tan pronto como t6 comas este Pan y bebas este C6liz, representar6s la muerte del Se6or hasta que 6l venga.» (Nouet).

El Santísimo Sacramento se da 6 los vencedores como una corona de vida. Es la perla evangélica, la piedra preciosa sobre la que est6n grabados los nombres de los predestinados; es la aurora que precede al día de la eternidad, el 6rbor de vida que nos alimenta para ser inmortales. [Nouet].

Así como Jesucristo nos invita 6 Su Mesa celestial, así nosotros debíamos prepararle un banquete, ofreciéndole estos frutos que son dulces 6 su paladar: caridad, paz, modestia, liberalidad, paciencia, alegría en el Espiritu Santo, y todas aquellas virtudes que vienen de una digna Comuni6n. [Nouet].

Después de la Comuni6n, es importantísimo saber gozar de la dulce presencia del H6sped que hemos recibido, porque no hay tiempo m6s 6 prop6sito para tratarle que cuando est6 dentro de nosotros. (Luis du Ponte).

¿Qué pastor ha alimentado alguna vez 6 sus ovejas con su propia carne? Solo Jesucristo nos ha nutrido con Su mismo Cuerpo, para unirnos 6 incorporarnos íntimamente con 6l. [San Juan Cris6stomo].

Deseo que los santísimos misterios del Cuerpo y Sangre de Nuestro Se6or Jesucristo, se honren y reverenci6n sobre todas las cosas. [San Francisco de Asís].

El Sacramento de la Eucaristía está en Jesús, en Dios hecho hombre, presente y oculto bajo la especie de pan en la hostia consagrada..... manifestando á todos los cristianos, la grandeza de Su amor por la de Su humildad. (Monseñor de Segur).

La Comunión es el acto más sublime, más perfecto y más santo que puede realizar el hombre, aquí, en la tierra. Comulgar es recibir en nuestro cuerpo y alma al Hijo de Dios, á Nuestro Señor Jesucristo, y con El, al Padre y al Espíritu Santo, á la Santísima Trinidad, al único Dios, vivo y eterno: esto es recibir á Dios, alimentarse de Dios. [Segur].

Cuando Dios baja á un alma, no deja en el cielo, ni en el Tabernáculo Sus riquezas y poder, Su dulzura y Sus consuelos. No viene con las manos vacías, sino llenas de mercedes. Todo el que lo posee, posee también aquellas cosas que El mismo tiene. [Alvarez].

¿Quieres aprender la gran ciencia de la oración, que no es otra, sino la ciencia única para salvarse? ¿Quieres amar

á Dios sinceramente..... mantener en tu corazón la vida eterna y divina de Jesucristo? Pues comulga con frecuencia y regularidad. (Segur).

El que comulga debe esforzarse en no perder ni un momento ese tiempo precioso, en el que la Divina Magestad habita en su corazón. Es preciso escuchar atentamente esa voz interior, por la que El se digna hablar al alma, para aprovechar Sus luces y seguir Sus consejos. [Alvarez].

La Comunión es Jesucristo. Esta es la Fuente Divina de inmaculada pureza, de fraternal caridad, de paciencia, de fe viva, de amor de Dios..... en una palabra, de todo lo que es bueno, de todo lo que es grande, de todo lo que es bello, verdadero y sólido. [Segur].

¡Alma cristiana! Si quieres conservar tu hermosura, nunca abandones la mesa de tu Esposo celestial; si deseas vivir eternamente, come todos los días Su Carne. [San Agustín].

Vive de manera que puedas comulgar diariamente. El que no está dis-

puesto todos los días para la Comunión, no será digno al fin del año. [San Ambrosio].

—
 ¡Oh Dios que estás presente en este Santísimo Sacramento! ¡Oh Pan de los Angeles! ¡Oh Alimento celestial!; yo te amo para que me llenes de tu amor y te unas conmigo, Tú, que eres el que día á día descende á nuestros altares! [San Alfonso de Ligorio].

—
 Comulga con la frecuencia que te permita tu confesor; y créeme, tu alma llegará á ser, toda belleza, bondad y candor, por medio de la hermosura, benevolencia y pureza de este Divino Sacramento. [San Francisco de Sales].

—
 El que ha recibido una herida ¿no busca un remedio? El pecado, que nos esclaviza, es la herida y nuestro alivio está en la Celestial Eucaristía, y puesto que se peca sin cesar, debe constantemente acudirse á esta Medicina Divina. [San Ambrosio].

—
 ¡Oh Pan exquisito, en el que encontramos toda dulzura, todo deleite, todo

remedio, toda fuerza y consuelo, todo reposo y bien! [San Eusebio].

—
 Este Sacramento es poderoso y eficaz, para borrar el pecado, para destruir el poder del enemigo y para conducir á los peregrinos de la tierra á su patria: el cielo. [San Bernardo].

—
 ¡Oh admirable grandeza! ¡Oh extraña mansedumbre! ¡Oh sublime humildad.

—
 ¡El Dios, el Señor del Universo, el Hijo del Altísimo, se humilla hasta ocultarse bajo la forma de un pedazo de pan, para dársenos como alimento! [San Francisco de Asís].

—
 Este Divino Alimento es la fuerza de nuestra alma, el vigor de nuestro espíritu, la cadena de nuestra confianza..... nuestra salvación, nuestra luz y nuestra vida. Inclina á la virtud é infunde ardor para practicarla; imparte inexplicable alegría y hace dulce y fácil el camino de la perfección. (San Crisóstomo).

—
 ¡Jesucristo, permíteme no solo verte, sino tocarte, comerte y reciberte! No nos aproximemos á El con indiferencia y

disgusto, **sino** inflamados, fervientes y llenos de **ardor**. [Faber.]

Este Pan **que** supera á todas las sustancias, es el **holocausto** y el remedio que cura **nuestras** debilidades y borra nuestros **crímenes**. [San Cipriano].

Nada hay **más** puro, más sereno y más hermoso, **que** el espíritu que prepara una morada para el Señor. [San Gerónimo].

La Eucaristía es nuestro sustento cotidiano. El **pan** de ayer no basta para hoy. Renovándose sin cesar nuestras necesidades, debe también renovarse nuestro alimento. [Fenelón].

Si el mundo te pregunta por qué **comulgas** con frecuencia, dile que lo haces para **saber** amar á Dios, para limpiar-te de las **imperfecciones**, para librarte del **infortunio**, para buscar consuelo en las pruebas y fuerza en la debilidad. [San Francisco de Sales].

Tengo **necesidad** de luz y de ciencia para resolver **los** asuntos complicados: por eso voy **todos** los días, á consultar

en la Santa Comunión, á Jesucristo. [Beato Sir. Tomás Moore].

Recógete devotamente el día que **comulgues**, suspirando por Aquel que está dentro de tí; míralo, sin cesar, con los ojos interiores de tu alma, sentado en tu corazón como en Su Trono; preséntale, uno á uno, tus pensamientos y tus fuerzas; escucha Sus mandatos y prométele fidelidad. (San Francisco de Sales).

La Eucaristía preserva del pecado mortal, obrando como apoyo, como remedio y como arma contra los ataques del demonio. [Santo Tomás].

Cuando os acerqueis á la Santa Mesa, traed á vuestra imaginación, con religioso afecto, el amor sublime con el que Nuestro Señor y Dios quiso sufrir y morir por nosotros. [Blossius].

Nuestro Señor Jesucristo nos llama **ÁGUILAS** con el propósito de enseñarnos que el que se acerca á la Eucaristía, debe exaltarse y sublimarse para no tener nada de común con la tierra. No debe de arrastrarse, como sierpe, en el

suelo, sino volar siempre, á lo alto, para contemplar al Sol de Justicia. [San Juan Crisóstomo].

«Aquel que me come vivirá para Mí»
La Carne de Jesucristo es la que comemos; pero Su Espíritu es el que nos da la vida. (Fenelón).

Este misterio es un misterio de fe. Debe escucharse lo que enseña y creerse sin que se vacile, que lo que está sobre el altar, es Su mismo Cuerpo y lo que está en el cáliz, es Su misma Sangre, que se derramó por la remisión de los pecados. (Bossuet).

No hay lengua que pueda expresar la grandeza con que Jesucristo ama á nuestras almas..... Antes de su partida de este mundo, nos dejó, como prenda de amor, este Santísimo Sacramento, en el que El mismo se quedara. (San Pedro de Alcántara).

¡Oh Sabiduría! ¡Oh Verbo! ¡Oh Verdad Eterna! Tú te ocultas bajo esta Carne, y esta Sagrada Carne, bajo el accidente de pan. ¡Oh, Dios oculto, cuanto

deseo vivir contigo para participar de Tu Vida Divina! (Fenelón).

Examina si después de haber tomado este Alimento Divino, tu corazón se aleja de aquello que no es Dios; si la vida que El ha producido en tí, se hace sensible en tu exterior, en tus sentidos, hábitos, palabras y obras. (Touler).

Si Dios ha descendido á tu alma por este Alimento, El mismo se revelará en tu conducta, en tu amor, en tus intenciones y en tus pensamientos. Todo se tornará más nuevo en tí, más puro y más divino. (Touler).

Las águilas que vuelan en torno del Cuerpo de Jesús, son aquellas que tienen alas espirituales: son los ángeles santos, los espíritus puros que aman la limpieza del corazón, que adoran al Cuerpo inmaculado de Nuestro Señor y que protegen á los fieles que están presentes. (San León).

Sé que el pan que tomamos en este santísimo misterio, es el que se formó en las entrañas de la Virgen, por obra del Espíritu Santo, y el mismo que se